

n:26

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

20
Ctvs.

mamita
M. R.

**EL AGUILA
DE LAS 9
CABEZAS**

Ad.



Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D.—Santiago

AÑO I. N.º 26.—Santiago de Chile, 11 de diciembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. — Suscripción anual \$ 9.—

Premios de colorido de los mapas. PROVINCIA DE SANTIAGO

PRIMER PREMIO.

Sara Mellado, Santiago, Gorbea 2737.

SEGUNDO PREMIO.

Olga Troncoso, Valparaíso, Las Heras 713.

TERCER PREMIO.

Carlos Salgado, Santiago, Hurtado Rodríguez 328.

MENCIONES HONROSAS

Filomena Marticorena, Tacna, San Vicente; Marlo de la Fuente, Caupolicán 2921, Santiago; Carmen Silva, Sotomayor 161, Santiago; Carmen Pérez, Caupolicán 2926, Santiago; Elida Ramírez Larraín, San Francisco 792, Santiago; Estela Cornejo, Av. Francia 542, Valparaíso; Clara Cervantes R., Limache; Ramón Bravo M., Santiago, Dávila 864; Jorge Bravo, Santiago, Dávila 864; Fernando Espinoza, Rancagua, Currol 784.

Próximamente se publicará la hermosa leyenda rusa

"EL REY DE LOS ABISMOS"

Es maravillosa. No deje de leerla.



El Aguila de las Nueve Cabezas



ABIA una vez un Rey y una Reina que tenían una hija linda como una flor. Un día la hija salió al jardín a dar su acostumbrado paseo, cuando de repente se formó un remolino de viento que la arrebató. Esta ventolera había sido producida por el Aguila de las Nueve Cabezas, que se robó a la Princesa y se la llevó a su cueva.

El Rey, deseando conocer el paradero de su hija, mandó mensajeros por todo el país, ofreciendo la mano de la Princesa para el que descubriera su paradero.

Un pastorcito, llamado Enrique, ha-

bía visto el Aguila cuando se llevaba a la hija del Rey a su cueva, que estaba escondida en el fondo de unos farellones. No se podía llegar allí desde abajo ni desde arriba. Cuando él andaba rondando la roca, llegó un hombre que le preguntó qué hacía allí. Enrique le contó que el Aguila de las Nueve Cabezas se había robado a la hija del Rey y la había metido en su cueva.

El hombre llamó a sus amigos y pronto discurrieron cómo ayudar al pastor; trajeron un canasto y con cuerdas lo bajaron.

Cuando llegó al interior de la caverna, vió a la hija del Rey, sentada, lavando las heridas al Aguila de las Nueve Cabezas.

El perro del cielo le había arrancado de un mordisco la décima cabeza, y la herida seguía sangrando. Cuando la Prince-

sa vió al joven, le hizo señas de que se escondiese.

Este lo hizo así. Entre tanto, el ave se sintió tan bien, cuando la hija del Rey le hubo lavado y vendado las heridas, que sus nueve cabezas fueron durmiendo, una tras otra, dulcemente.

Entonces el joven salió del escondite y con su espada trató de cortarle todas las cabezas, pero el ave se dió cuenta de lo que estaba sucediendo y con su pico y sus garras trataba de matar a su contendor. Enrique no tuvo miedo ni un instante y, después de un gran combate, logró la victoria. Las nueve cabezas rodaron por el suelo.

Luego sacó del farellón a la hija del Rey y quiso que subiera al canasto.

—Sería mejor que subieras tú primero y yo después.

—No—dijo el joven—, yo quiero esperar



Ad.

De improvisto vió un pez reluciente, clavado con cuatro clavos
en la pared,

aquí abajo, hasta que tú estés en seguridad.

Al principio, la hija del Rey no accedía; pero terminó por dejarse convencer y subió en el cesto. Pero antes se quitó de la cabeza una horquilla, la partió en dos, le dió a su salvador una de las mitades y se quedó con la otra. También le dió la mitad de su pañuelo de seda, recomendándole mucho que guardase bien las dos cosas.

Cuando el hombre que estaba arriba hubo subido a la hija del Rey, se la llevó consigo y dejó abajo al muchacho, a pesar de sus ruegos y súplicas.

El pobre se quedó solo y empezó a recorrer la caverna. De improviso, vió un pez reluciente, clavado con cuatro clavos en la pared.

Se acercó a él y puso su mano sobre una aleta; en ese mismo instante se trans-

formó en un joven altivo y hermoso que le dió las gracias por haberle librado del encanto, y ambos se juraron fraternidad eterna.

Poco a poco, fué sintiendo Enrique un hambre rabiosa. Salió en busca de alimento, pero no vió sino piedras.

Caminando más allá, se encontró con un Dragón que las estaba lamiendo tranquilamente. El hizo lo mismo y sintió al punto saciado su hambre. Después le preguntó al Dragón qué podría hacer para salir de ahí. Este dobló la cabeza y le hizo señas de que se sentara encima. Enrique obedeció; se sentó en la cola del Dragón y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en la tierra; pero el Dragón había desaparecido.

Siguió andando y encontró una concha de ostras llena de perlas encantadas. Tirándolas al fuego, éste se apagaba; ti-

rándolas al agua, se partían y dejaban paso.

Sacó Enrique las perlas de la concha, se las guardó y siguió caminando hasta llegar a orillas del mar. Tiró al agua una perla y se abrió el mar. Dentro vió a un Dragón, que gritó enojado:

—¿Quién viene a molestarme en mi reino? El muchacho contestó:

—He encontrado perlas en una concha y, al tirarlas al mar, se han abierto sus aguas.

—Si es así—dijo el Dragón—entra conmigo en el mar y viviremos juntos.

Entonces el muchacho reconoció que era el mismo Dragón que había visto antes, y que a su lado estaba el altivo y hermoso mancebo con quien se había jurado fraternidad.

Era el hijo del Dragón.

—Has salvado a mi hijo y ustedes se



Se encontró un dragón que estaba lamiendo las piedras.

han jurado fraternidad, de modo que soy tu padre—dijo el viejo Dragón.

Y le regaló con vinos y manjares.

Un día, su amigo le dijo:

—Mi padre querrá recompensarte. Si lo hace, no tomes oro ni piedras preciosas, sino sólo la calabaza pequeña. Con ella podrás hacer todos los encantamientos que quieras.

En efecto, el Dragón viejo le preguntó que cuál recompensa quería, y él le dijo:

—No quiero ni oro ni piedras preciosas; no deseo sino la calabaza pequeña.

Al principio, se resistió el Dragón pero, al fin, se la entregó. Dueño ya de tan precioso tesoro, se alejó del palacio del Dragón, para siempre.

Al llegar a tierra firme, sintió hambre y al momento se le presentó una mesa con abundantes y ricos manjares. Después de haber comido, se sintió cansado y al mo-

mento se le apareció una carreta para que pudiera continuar su camino. Pero era tan pesada, que se demoraba mucho. «Si tuviera un coche—pensó Enrique—sería mucho mejor». Y al punto se le presentó un coche y se metió dentro. Y en un decir ¡Jesús! llegó a la ciudad donde estaban el Rey, la Reina y su hija.

El hombre que, engañosamente, le había ayudado a salvar a la Princesa, la había devuelto llamándose él su salvador y, por consiguiente, la boda debía celebrarse cuanto antes.

Mas la hija del Rey protestaba:

—Este no es el verdadero salvador. Yo sé que él vendrá y mostrará en seña la mitad de mi horquilla y la mitad de mi pañuelo de seda.

Pero como Enrique tardaba tanto en llegar y el otro insistía, el Rey perdió la paciencia y dijo:

—Mañana será la boda.

La hija del rey vagaba triste por las calles, esperando encontrar a su salvador. Precisamente aquel día llegó el coche tirado por cuatro parejas de caballos.

La Princesa vió la mitad del pañuelo en manos del joven y, llena de alegría, corrió a casa de su padre. Allí tuvo que mostrar también la mitad de la horquilla, que ajustaba perfectamente con la que guardaba la Princesa.

Entonces el Rey comprendió que éste era el verdadero novio y el falso fué castigado.

Con gran alegría se celebraron las bodas y los novios vivieron muy felices hasta el final de sus días.

FIN



Petita

1.ª Parte



ERASE una viuda deseosa de tener la compañía de un niño; pero una criatura pequeña, que no creciera para poder guardarla siempre a su lado. Al efecto, fué a ver a una vieja hechicera que una vecina le había recomendado y le expuso su deseo.

—Podrás lograrlo fácilmente—respondió la bruja—. Toma, aquí tienes un grano de cebada, muy distinto de los que siembran en el campo; entiérralo en un tiesto de flores y tendrás lo que deseas.

La viuda dió las gracias a la hechicera por su donativo, pagándole muy gustosa

los doce pesos que le exigió por el grano. Al llegar a su casa, lo enterró en la forma indicada, y en el acto brotó una flor grande, magnífica, de colores brillantes, parecida a un tulipán, si bien aun no estaba abierta.

—¡Qué hermosa es!—exclamó la viuda, depositando un beso sobre sus pétalos pintados de oro y púrpura, a cuyo beso se abrió la flor, produciendo un ruido semejante a una detonación. Pero, ¡oh sorpresa! En el centro, sentada sobre el pistilo, descansaba una hermosa niña muy chiquita, que era un modelo de gracia y gentileza; y como apenas alcanzaba el porte de un dedo, empezó a llamarla Petita.

Dióle por cuna una preciosa cáscara de nuez bien barnizada, por colchones algunas hojas de violeta y por colcha el pétalo de una rosa. En ella dormía la precio-

Petita ató la mariposa con
una punta de su cinturón,
y con el otro extremo sujetó
la hoja.



sa niña durante la noche; pero de día jugaba sobre la mesa, en la cual la viuda colocó al efecto un plato lleno de agua y ceñido con una guirnalda de flores. Flotaba sobre el agua un pétalo de tulipán, y en él solía instalarse la Petita la que, sirviéndose de dos fósforos como de remos, bogaba por el plato, pasando de una orilla a otra. ¡Encantador espectáculo! Además, la niña sabía cantar con voz tan dulce, tan penetrante y melodiosa, que no era posible oírla sin contener la respiración, para no perder una sola nota de aquella música adorable.

Una noche, mientras dormía en una cuna, un sapo asqueroso penetró en la habitación por el hueco de un cristal roto. ¡Qué animal tan feo, rechoncho y pegajoso era el sapo! El intruso saltó sobre el velador en donde dormía Petita cubierta con su hoja de rosa.

—¡Qué bonita es!—dijo—. La casaré con mi hijo.

Y cogiendo la cáscara de nuez en que descansaba la niña y saltando por el mismo agujero por donde había entrado, se la llevó al jardín. Allí, en un ancho arroyo con honores de pantano, vivía el sapo con su hijo, que era por lo menos tan feo y repugnante como su padre.

—Coac, coac, breke-kek—fué lo único que supo decir el sapo joven, al ver a la incomparable criatura dormida en la cáscara de nuez.

—Cuidado—dijo el viejo—, no grites, que podrías despertarla y se nos escaparía, pues has de entender que es tan sutil y ligera como el plumón del cisne. Vamos a colocarla sobre una de esas hojas de Hierba Mota que crecen en el arroyo; allí estará como en una isla y no podrá huir. En tanto, iremos nosotros a preparar nues-

tra casa al fondo del pantano, para recibirla dignamente y celebrar las bodas.

Dicho y hecho: el sapo, con la mayor delicadeza, dejó la cáscara en el hueco que formaban unas hojas de Hierba Mota sobre la superficie del agua y a mucha distancia de ambas orillas, y después se zambulló en compañía de su hijo.

Por la mañana, muy temprano, despertó Petita alegre y risueña, como de costumbre. Poco sabía el pesar que le aguardaba; pero en breve se encontró rodeada de agua por todos lados, y sin medio alguno de salir de esta situación y ganar tierra, por lo que rompió a llorar amargamente. Era la primera vez que lloraba.

Cuando el sapo viejo, que había bajado al légamo del pantano a disponer los departamentos, los hubo decorado convenientemente, en honor de su futura nuera, con hojas de totora y pétalos de lirios, su-



Y cogiendo la cáscara de nuez en que descansaba la niña...

bió de nuevo a la superficie e hizo la presentación de su hijo a Petita, en calidad de novio.

—Tendrás con él—le dijo suavizando la voz todo lo posible y deshaciéndose en cortesías—un marido excelente—; es verdad que esto y algo más mereces.

—Coac, coac, breke-kek—fué lo único que supo decirle el joven.

Y entrambos cogieron el pequeño lecho para trasladarlo a lo que ellos llamaban su palacio. Petita se quedó sola y lloraba cada vez más, al verse condenada a pasar la vida junto a los dos monstruos. Los pececitos del arroyo, que habían oído las palabras del sapo, asomaron la cabeza a flor de agua, deseosos de conocer a la niña y, al verla tan linda y encantadora, tuvieron por cosa muy horrible casarla, a pesar suyo, con un estúpido sapo.

—No, esto no puede ser—dijo uno con

decisión—y los demás se reunieron en torno de la hoja de Hierba Mota y con sus pequeños dientes cortaron el tallo que la retenía, de suerte que la hoja, flotando en libertad e impelida por la corriente, arrastró muy lejos a Petita. Pronto se encontró ésta fuera de peligro y la hoja seguía navegando a través de pueblos, bosques y praderas. Los pajarillos, posados en los árboles, saludaban a la niña con sus más alegres trinos, cual si quisieran desvanecer los últimos restos de pena de su corazón ha poco tan angustiado. Una mariposa blanca y azul, que por largo rato venía revoloteando a su alrededor, acabó por posarse en la hoja de Hierba Mota dejándose coger por Petita, quien la ató a su cinturón, sujetando la hoja con el otro cabo, de suerte que, cuando la mariposa se puso a volar, la embarcación seguía a remolque más rápidamente que en un prin-

cipio. Petita brincaba de gozo, contemplando el paisaje tan nuevo para ella y admirando los reflejos del sol rielando sobre la corriente.

Pero, a lo mejor, se presenta un abejorro muy grande y, con sus repugnantes patas, agarra a Petita por el talle y se la lleva a un árbol. La hoja continuaba bogando río abajo, guiada por la mariposa. ¡Dios mío, y qué de inquietudes pasó la pobre niña al verse colocada entre las altas ramas de un árbol! Pero, a decir verdad, lo que más le inquietaba era la suerte de la mariposa expuesta a morirse de hambre si no lograba desprenderse de la hoja.

Venciendo el miedo que le causaba el abejorro con sus zumbidos, se atrevió a hablarle de sus inquietudes con respecto a la pobre mariposa; pero el abejorro no hizo el menor caso de sus quejas y, trasla-



Petita, tendió la mano a la rata, como una mendiga...

dándola a la copa más espesa, la regaló con el jugo de las flores más delicadas, le dijo toda suerte de enojosos cumplidos, pesados como su persona, y acabó por ponderar su gran belleza.

Por la noche acudieron a visitarla todos los abejorros de los árboles vecinos y, uno de ellos, después de examinarla con estúpida impertinencia, dijo:

—¡Qué miseria!, no tiene más que dos piernas.

—Y ninguna antena—observó un segundo.

—Es un ser humano en miniatura. ¡Qué horror!—dijeron a una todos los abejorros. Y el abejorro grande, a pesar de que había viajado mucho y tenía el gusto mejor formado que sus compañeros, llegó a creer, ante unánime juicio, que se había equivocado y que, realmente, Petita era muy fea; pero, por un resto de buenos

sentimientos, la bajó del árbol y la dejó depositada sobre la corola de una margarita.

Apenas se encontró sola, Petita rompió en sollozos. Naturalmente, ella, hasta entonces tan querida y alabada, a quien tenían todos por una criatura encantadora, ¡verse tratada con semejante desdén por una turba de ignorantes!

Su pesar duró poco, pues tuvo que atender, ante todo, a proveerse de un abrigo en medio del espeso bosque en que se hallaba abandonada a sus propias fuerzas, ella, que hasta entonces había sido objeto de toda suerte de mimos y cuidados. En esta situación, empezó por tejerse una hamaca con tallos de hierba, suspendiéndola en seguida bajo la hoja de una anémona a fin de resguardarse de la lluvia y tuvo por alimento el polen de las flores y por bebida las frescas gotas de rocío. Así

pasó el verano y el otoño; pero vino el invierno, el crudo, helado e interminable invierno. Los pajarillos que la habían entretenido con sus cantos, se alejaron uno tras otro en busca de más templados climas; árboles y plantas perdieron su verdor y se encogió la gran hoja de anémona que la cobijaba, quedando expuesta Petita al ímpetu de los vientos.

Era el tiempo cada vez más cruel y riguroso y, cuando llegaron las lluvias, cayó el aguacero sobre la pobre niña. Entonces se refugió bajo un montón de hojas secas; pero éstas, aparte de que se tronchaban, no le daban calor ninguno. ¡Cuánto sufrió la pobre! Por último, se armó de valor y corrió a la ventura en busca de un asilo:

(CONTINUA EN EL PROXIMO NUMERO)

Concurso Literario para Escolares

mamita

La magnífica revista infantil, brinda la ocasión a todos los escolares de Chile, de mostrar sus aptitudes de redacción y su capacidad artística en el concurso de cuentos infantiles, cuyas bases se detallan en seguida, al propio tiempo que ofrece la ocasión de hacerse acreedor a interesantes premios.—Lea Ud. las BASES:

1.o Podrán participar todos los alumnos de Liceos y Escuelas fiscales y particulares, sin limitación de edad.

2.o Tema: Un cuento para niños, de ambiente chileno.

3.o El cuento debe ocupar máximo 8 carillas a máquina, con doble espacio.

4.o Plazo de recepción de originales hasta el sábado 2 de febrero de 1932.

5.o Los cuentos premiados se publicarán en la revista «MAMITA».

6.o PREMIOS: 1.o, de \$ 250; 2.o, de \$ 100 y 3.o de \$ 50.—Menciones honrosas a que haya lugar.

7.o Los originales deberán venir firmados con pseudónimo. Junto con el original y en sobre aparte, cerrado, debe venir lo siguiente: pseudónimo, nombre y dirección completas; certificado del rector o director del colegio, que acredite que el autor es actualmente alumno del establecimiento.

8.o Los originales serán sometidos al siguiente jurado: Sra. Amanda Labarca, Directora de Educación Secundaria; señorita Marta Brunet, prestigiosa escritora chilena; señor Maximiliano Salas Marchant, Director de Educación Primaria; Hernán del Solar y Luis Enrique Délano.

9.o No se devolverán los originales. Los resultados del Concurso se darán a conocer en la revista «MAMITA», exclusivamente.

10.o Si se decide la publicación de algunos de los cuentos que obtengan menciones honrosas, se pagará a su autor la cantidad de \$ 30.

Decídase a participar inmediatamente en este concurso. Pida consejos a sus profesores y confíe en su propia capacidad. ¿Por qué no ha de conseguir Ud. lo que obtienen otros muchachos? Envíe sus originales a la brevedad posible a «MAMITA». Concurso Literario.
Casilla 84-D, Santiago.

Concurso de Dibujos de

mamita

Obsequiamos 10 BOLETOS para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a: Dirección de la revista "MAMITA", Casilla 84 D, Bellavista 069, Santiago.

C U P O N

mamita

CONCURSO DE PASCUA

N.º 5

Una serie de 5 cupones dará derecho a 1 número.

EL CANJE DE CUPONES

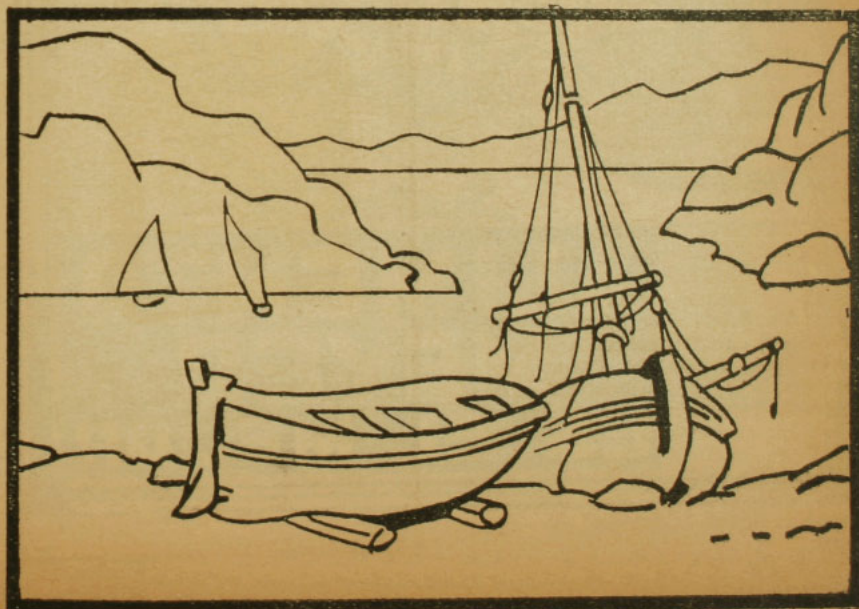
comenzó el 1.º de octubre.

¡Empiece a juntarlos desde
ahora!

Córtese por las líneas de puntos

Nombre del dibujante

Dirección



60

¡LEA!

Espléndidos y valiosos premios en obsequios, juguetes y dinero para los lectorcitos de *mamita*

1.o Obsequio de THE UNIVERSITY SOCIETY Inc., Bandera 86.

2.o Obsequio de Siemens Schukert Ltda., Huérfanos 1017.

3.o Un precioso meccano, \$ 85.

4.o Una regia muñeca de loza, \$ 35. Obsequios de la Juguetería Principal, Ahumada 19.

5.o Un juego de soldados de guerra, \$ 60.

6.o Un juego de soldados de artillería, \$ 60.

7.o Una cocina y su correspondiente batería, \$ 45.

8.o Un servicio de loza de té, \$ 40. Obsequios del Bazar «El Globito», Av. Matta 1042.

9.o Una bomba de incendio, con cuerda y luz, \$ 40.

10.o Un costurero para niña con todos sus útiles, \$ 30.

11. Moderno sistema de juego de ruleta, \$ 30. Obsequio de la FERIA ALEMANA, Estado 42.

12 al 30. Nueve premios de \$ 20 en dinero cada uno.

21 al 40. Veinte suscripciones anuales a la revista «MAMITA».

41 al 60. 20 ejemplares del libro «Corazón», editado por la «Biblioteca Zig-Zag». ¡El libro que todo niño debe leer!

NOTAS.—Vea detalles sobre este grandioso concurso en el número 16 de «MAMITA».

Ya se inició el canje de cupones. Lleve sus ejemplares a Bellavista 069, en Santiago; a José Tomás Ramos 105, en Valparaíso, o al agente de su pueblo, en provincias. A los que deseen, pueden enviar los cupones por carta a «MAMITA», Casilla 84-D, Santiago. NO RECORTE LOS CUPONES. Basta con que presente los ejemplares enteros para timbrar los cupones.

PRIMER PREMIO



La magna enciclopedia para los muchachos, **EL TESORO DE LA JUVENTUD**, completa, veinte magníficos tomos en su estante especial y de valor de \$ 750.—

¡Este sí que es un premio que vale!

SEGUNDO PREMIO



Receptor de radio **TELEFUNKEN**, mod. 33 L. con altoparlante dinámico en el mismo precioso mueble de tamaño grande. ¿No le gustaría para usted?



El gran
patrio-
ta Manuel
Rodríguez.

ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR

M. R.—A base: Harina calcinada, cacao seleccionado, desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.